

Rector Magnífico de la Universidad de Oviedo, dignísimas autoridades, miembros de la comunidad universitaria, señoras y señores:

Dejando un momento de lado nuestras ocupaciones habituales, en las que con demasiada frecuencia lo urgente no deja tiempo para lo importante, hoy nos ha traído a nuestra *alma mater* ovetense un acto profunda, gozosa e inequívocamente universitario. Estamos aquí en efecto, revestidos con nuestras mejores galas, para rendir homenaje al conocimiento, acatar el magisterio, y reconocer la excelencia: ¿qué otra cosa, si no, es la universidad? Lo que solemos denominar coloquialmente “igualar por abajo” es el precio que la Academia paga a la Democracia. Y lo paga con tanta frecuencia que, a veces, viene bien un sano ejercicio de “generalato de la mollera”, como dijera expresivamente Ramón Pérez de Ayala, que nos recuerde quiénes somos y para qué estamos donde estamos. La colación del grado de doctor es o debe ser precisamente eso, el reconocimiento de la máxima excelencia intelectual. A veces resulta obligado ir incluso más allá y premiar, por añadidura, la proyección social y el arraigo personal de esa excelencia. Cuando los tres factores se funden armónicamente en uno solo *-¡rara avis!*- le ponemos un nombre: doctorado honoris causa.

Pues bien, tenemos hoy el honor y la dicha de proponer un nuevo nombre para añadir a la lista de personas ilustres que se han hecho acreedoras a esa máxima distinción universitaria. A saber, el profesor John Rutherford, aquí presente. Pocas dudas caben sobre la excelencia académica de nuestro nuevo doctor honorífico, que lo es ya por la Universidad de La Coruña (representada aquí por quien fue su padrino) además de Medalla de Oro de las Bellas Artes y catedrático honorario de la Universidad de Bangor. A lo largo de cuatro décadas de incansable actividad intelectual, Rutherford ha publicado más de cien trabajos de todos los géneros académicos, en las tres lenguas que maneja indistintamente (inglés, español y gallego), y en las más prestigiosas editoriales y revistas científicas de los tres campos en que es maestro: traductología y traducción literaria al inglés, estudios hispánicos, y estudios gallegos. Trabajos que incluyen algunos auténticamente fundamentales, como los libros *La Regenta y el lector cómplice*, de 1989, *Breve historia del pícaro preliterario*, de 2001, y *The Power of the Smile: Humour in Spanish Culture*, de 2012. Todos llevan la inconfundible ‘marca Rutherford’: temáticas sabiamente elegidas, trabajo “a pie de obra”, siempre a partir de fuentes primarias, análisis de gran calado intelectual expresados con trabajada sencillez, conclusiones brillantes e incluso sorprendentes. Pero sin duda la obra más distintiva de nuestro nuevo doctor honorífico viene dada por sus traducciones literarias al inglés. La traducción literaria es una ciencia y es un arte. Cada palabra, cada grupo, cada cláusula, cada oración y cada texto a traducir es una

investigación en sí misma, y además por partida doble, pues de nada sirve el dominio comprensivo del texto origen si falla la propiedad expresiva del texto meta. Y cuando hablamos de una carrera traductora como la de Rutherford, cuyos dos grandes hitos son nada menos que *La Regenta* y *El Quijote*, es decir, las dos novelas más importantes jamás escritas en la lengua española, habremos de convenir en que estamos ante una hazaña propia de las edades mitológicas, cuando los argonautas libraban las Rocas Cianeas con arrojo y destreza.

Y así enlazamos con el segundo rasgo distintivo del doctor honoris causa, como es la proyección social de su ciencia. La traducción regentina de Rutherford tiene el valor de la obra pionera, pues fue la primera jamás realizada a esa lengua de la gran novela de Leopoldo Alas. Con ella, Rutherford ponía en el mapa intelectual de la anglofonía una obra de un catedrático de esta universidad que hasta ese momento solo era conocida por los hispanistas, y que ahora forma ya parte del canon literario traducido al inglés. En marcado contraste, su traducción de *El Quijote* ha venido a enriquecer la larga y distinguida relación de versiones inglesas de la obra cumbre cervantina que se han sucedido desde la tempranísima de Shelton hasta hoy mismo, y, con sus ventas de entre 8.000 y 9.000 ejemplares al año, se ha convertido en la traducción inglesa de referencia en nuestra época. Es difícil decidir qué demuestra más arrojo académico, si embarcarse en la primera traducción de un clásico, o en la última. Como aquellos intrépidos nautas a que me refería, Rutherford lo hizo en ambas, y llegó a buen puerto. De hecho, en nuestras clases de Traducción Literaria utilizamos sus dos grandes hitos para ilustrar fenómenos traductológicos y su resolución. Por ejemplo, cómo Rutherford, en su traducción de las famosas palabras iniciales de *El Quijote*, “en un lugar de La Mancha”, al contrario que otros traductores e incluso que muchos lectores españoles interpreta correctamente “lugar” como ‘población pequeña, menor que villa y mayor que aldea’ y no como ‘sitio o paraje’<sup>1</sup>; con lo cual traduce de manera cabal “in a *village* in La Mancha” y no, como por ejemplo hiciera Smollett equivocadamente, “in a *certain corner* of la Mancha”. O cómo en ocasiones la interrelación entre la equivalencia lingüística, literaria y cultural llega a ser tan compleja que lo mejor es optar por el grado cero de la traducción, que diría Barthes. En efecto, el título de *La Regenta* inglesa de Rutherford no es *The Regent’s Wife*, *The Governess* ni nada parecido, sino simple y llanamente eso, *La Regenta*. Dado el éxito del libro, con generosas tiradas y dos ediciones en Penguin Classics, podríamos decir que gracias a esta *zero-translation* de Rutherford la ‘Regenta’ se ha vuelto, al modo cervantino, una española inglesa.

---

<sup>1</sup> DRAE, sv ‘lugar’, segunda y cuarta acepción respectivamente.

Como si lo anterior fuera corta singladura, nuestro flamante doctor honoris causa ha pilotado otras muchas naves traductológicas: creó el Centre for Galician Studies de Queen's College, que hoy mercedamente lleva su nombre, y desde el mismo promovió un Obradoiro de Traducción del que han surgido iniciativas, siempre realizadas en equipo, como la elaboración y publicación en versión inglesa de textos gallegos de autores tan importantes como Castelao, Ferrín, Rivas y de Toro, entre otros. Distinciones como el Premio Trasalba, el Premio de Traducción Valle Inclán, la Medalla Castelao y su nombramiento como Miembro de Honra de la Real Academia Galega han supuesto justos reconocimientos al Rutherford galleguista. Ahora mismo nuestro nuevo doctor honorífico, quien como habrán ustedes adivinado continúa en plena y fecunda producción académica, tiene en prensa *The Roses of Hercules*, la primera traducción inglesa del importante poeta modernista canario Tomás Morales, y está traduciendo a buen ritmo (soy testigo) los sonetos de Garcilaso de la Vega, Góngora y Quevedo. Parece pues nuestro hombre empeñado en recrearse a sí mismo, haciendo ahora en verso lo que antes hizo en prosa.

Hablaba al principio del tercer ingrediente que, conjugado con los dos anteriores, completa la fórmula de la auténtica excelencia. No basta con ser perito en una ciencia o en un arte. Hay quien es perito... en lunas. Tampoco la proyección es suficiente: podría ser puro márquetin. Con Quintiliano, podemos resumir el tercer ingrediente en dos palabras: *vir bonus* (o *mulier bona* en su caso). La bonhomía es el ingrediente que liga, da trabazón y sentido al conjunto de la excelencia. Y aquí nuestro nuevo doctor honorífico es en verdad sobresaliente. Vinculado durante prácticamente toda su vida académica a la Universidad de Oxford, en diferentes *colleges*, ha ejercido incansablemente la docencia como se ejerce en esa gran universidad, con un sistema tutorial personalizado que exige lo máximo del alumno, pero también del profesor. Hemos tenido la suerte de que en dos ocasiones impartiera docencia cercana a ese modelo en nuestra Universidad de Oviedo, como profesor visitante en el Programa de Doctorado en Filología Inglesa, Francesa y Alemana entonces existente. Nuestros alumnos apenas se lo creían cuando, antes de irse, su profesor visitante oxoniense les puso deberes (traducciones literarias) para que se los enviaran a Oxford, y menos aún cuando desde allí se los devolvía al poco tiempo, minuciosamente corregidos y calificados. La vinculación de Rutherford con nuestra universidad, y con el Real Instituto de Estudios Asturianos, se hace extensiva al concejo de Carreño y a la ciudad de Oviedo, por razones clarinianas obvias que incluyen su buena amistad con los descendientes del escritor. Y también, naturalmente, a la comarca del Eo (bien representada en este acto), donde sus lazos personales y familiares son tan fuertes que prácticamente se considera y se le considera un ribadense más. A todo ello, y sigo

hablando del *vir bonus*, hay que añadir el John (ya por el nombre de pila) hombre de familia (hoy nos acompañan sus hijas) y de amistades, alma de las inolvidables Xornadas Mar por Medio; el John que ejerce un especial magnetismo sobre los jóvenes; el John músico que compone piezas y canciones, tañe diversos instrumentos de pulso y púa, y toca con su grupo en Ribadeo para las fiestas, y en Oxford como obra de caridad. También el excelente cocinero, el cumplido horticultor, el buen pescador, el experto recolector de setas y, en especial, el peregrino, que ha hecho a pie el Camino de Santiago desde Roncesvalles en varias ocasiones. Seguramente lo ha hecho bajo la tutela amable de Robert Langdon, clérigo formado en el mismo Queen's College de John, que hace ahora 500 años peregrinaba desde Orléans en Francia hasta Compostela en Galicia pasando por las Asturias de Oviedo, como debe ser; pues ya se sabe aquello de que "quien va a Santiago y no al Salvador, visita al criado y olvida al señor." Mañana, por cierto, John rematará su 'ruta asturiana' hacia Galicia siguiendo de manera prácticamente exacta (aunque esta vez sea en autobús) los jalones que marcaba Langdon en su itinerario: desde "Oviedo, también llamado San Salvador", "cuatro leguas, San Juan de la Arena", "cuatro leguas, Santianes", "seis leguas, Luarca", "tres leguas, Navia" y, en fin, "seis leguas, Ribadeo". Y si Langdon nos dejaba, en efecto, un lacónico itinerario de su peregrinaje, John ha superado al maestro plasmando sus experiencias camineras en la hermosa novela, mucho más que un *travelogue*, *As flechas de ouro*, hace poco traducida al castellano como *Las flechas de oro*, y que ha sido considerada por la crítica entre las mejores de la literatura gallega contemporánea. Lo milagroso no es que toda esta competencia mundana sea compatible con una sabiduría académica que raya al máximo nivel. Seguramente lo milagroso sería que esta existiera sin aquella.

Me consta que nuestro nuevo claustral va a relatarles, en su discurso, una anécdota de su niñez. Quizás ello autorice de alguna manera a este padrino a contarles una de su propia juventud. El 21 de mayo de 1976 más o menos a esta hora, quien les habla, con barba, tejanos, mucho pelo y pocos kilos, estaba en este mismo paraninfo, aunque ahí arriba [señala el coro], cantando el *Gaudeamus* para don Claudio Sánchez Albornoz, que en ese momento recibía el grado supremo de doctor honoris causa por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo. El padrino era don Eloy Benito Ruano, uno de los profesores clásicos de nuestra facultad, que felizmente es hoy miembro del distinguido club de los nonagenarios.<sup>2</sup> Pues bien, lo último que se le podía ocurrir a aquel estudiante era que, pasados los años, y tras las consiguientes mudanzas de físico y atuendo, sería él quien ejercería de padrino para otro *vir*

---

<sup>2</sup> Poco después de pronunciar estas palabras, el Rector nos comunicaba el fallecimiento de don Eloy. Descanse en paz.

*bonus --traducendi peritus* en este caso--. Pero así es y así debe ser. Cambian las personas y permanecen las tradiciones y las instituciones como la universitaria. Estoy seguro de que dentro de otros veintitantos años alguno de los estudiantes presentes en este acto (¡si puede ser del Coro Universitario mejor!) tomará el relevo.

“It is the stars, the stars above us govern our conditions”, dice el personaje de Shakespeare: “Son las estrellas, las estrellas que están sobre nosotros las que rigen nuestro estado”. Si ello es así, hoy las estrellas se están portando muy bien con nosotros. La investidura del doctor Rutherford es la primera de la segunda época de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, tras la fusión de las antiguas facultades de Filosofía, Filología e Historia y Geografía. Por otro lado, se enmarca dentro de los actos conmemorativos del Trigésimo Aniversario de la creación del Departamento de Filología Anglogermánica y Francesa. También coincide con la primera promoción de los nuevos grados filológicos de dicha facultad, que incluyen un menor en traducción, el primero en la historia de la Universidad de Oviedo, y que un grupo de profesores estamos impartiendo con gran ilusión. Y, *last but not least*, coincide con la celebración del Día de San Jorge, patrón de Inglaterra, y Día Internacional del Libro, acontecimiento que homenajea a los dos colosos de las letras universales, Shakespeare y Cervantes, y que solemos festejar con la lectura pública y compartida de grandes obras como, precisamente, *El Quijote* y *La Regenta*. Quiere pues este acto ser un humilde homenaje, también, a Miguel de Cervantes Saavedra y a Leopoldo Alas *Clarín*, dos grandes entre los grandes que John Rutherford ha reescrito en lengua inglesa.

“Yo soy muy inglés en todas mis cosas, sobre todo en mis botas”. Quien les habla no llega a tanto como Pepe Ronzal, el ínclito personaje de *La Regenta*. Es más bien, simplemente, “a harmless drudge”, un ‘inofensivo esclavo del trabajo’ como diría Johnson, que en este acto ejerce de cabeza visible y portavoz del amplio conjunto de personas e instituciones que lo han hecho posible. Está en primer lugar mi propio departamento, del que arrancó la propuesta de conferir el grado académico supremo al profesor Rutherford. Propuesta que pronto respaldaron los otros dos departamentos filológicos, el de Filología Clásica y Románica y el de Filología Española, además de la facultad como tal, diversas personas a título particular, el Real Instituto de Estudios Asturianos, la Universidad de La Coruña y el Queen’s College de la Universidad de Oxford, al que Rutherford continúa vinculado como *fellow* emérito. Y propuesta que en fin transformó en nombramiento el Consejo de Gobierno de la Universidad de Oviedo, como oportunamente nos ha recordado el Secretario General. Mi decana, mi directora de departamento, el profesor Leopoldo Tolivar Alas, bien respaldado por sus colegas de Derecho, y yo mismo, nos hemos constituido en algo parecido a una comisión gestora y

trabajado codo con codo con el Servicio de Protocolo y con la Fundación Universidad de Oviedo.<sup>3</sup> A todas estas instancias individuales y colectivas, mis más expresivas gracias, así como al Rector y su equipo de gobierno, a los compañeros de claustro universitario, estudiantes y demás personas aquí presentes.

Y he reservado para el final una deuda de gratitud particularmente entrañable. Este acto se celebra, como todos sabemos, en tiempos de crisis económica. Pero ha sido en buena medida posible gracias a la generosidad de un claustral que ya no está entre nosotros. Me refiero a don José Cosmen Adelaida, quien muy poco antes de seguir abriendo rutas viajeras, ahora por entre esas estrellas de ahí arriba que tan bien nos tratan, cumplió cabalmente con el juramento que hiciera al serle otorgada la dignidad de doctor honoris causa, la más reciente hasta este mismo instante: “favorecerla y ayudarla [a la Universidad de Oviedo] cuantas veces se os lo demandare”.<sup>4</sup> Es pues en realidad Pepe Cosmen, representado hoy aquí por uno de sus hijos, quien da el relevo a John Rutherford. Personajes tan distintos en apariencia, pero yo diría que tan parecidos en el fondo. Dos *viri boni* donde los haya.

Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, dignísimas autoridades y claustrales, solicito con toda consideración, y encarecidamente ruego, que se otorgue y confiera al señor Don John Rutherford el supremo grado de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Oviedo.

**Agustín Coletes Blanco**

Oviedo, 23 de abril de 2014

Día Internacional del Libro

---

<sup>3</sup> A lo anterior hay que añadir la muestra bibliográfica, con folleto homónimo, *John Rutherford, entre el Quijote y La Regenta*, organizada por la Biblioteca Universitaria y el Vicerrectorado de Extensión Universitaria con ocasión de este nombramiento.

<sup>4</sup> *Protocolo de la sesión académica extraordinaria en la que será solemnemente investido con la dignidad de doctor honoris causa por esta Universidad de Oviedo el señor don Francisco Cosmen Adelaida* (Oviedo: Universidad, 2012) 15.

